

E. PEREZ COMENDADOR

MIGUEL ÁNGEL Y SU CIRCUNSTANCIA (\*)

## Miguel Ángel y su circunstancia

Este es el más que lejano recuerdo que tengo de haber conocido a Miguel Ángel en su infancia en la ciudad de Sevilla, en la época de su estancia en la corte de Felipe II, cuando él era ya un joven de unos veinte años, y yo era un niño de unos diez años.

En la época de su estancia en la corte de Felipe II, Miguel Ángel ya era un joven de unos veinte años, y yo era un niño de unos diez años. En la época de su estancia en la corte de Felipe II, Miguel Ángel ya era un joven de unos veinte años, y yo era un niño de unos diez años. En la época de su estancia en la corte de Felipe II, Miguel Ángel ya era un joven de unos veinte años, y yo era un niño de unos diez años.

(\*) Publicado por el Instituto de Estudios Hispánicos de la Universidad de Sevilla, en el número 10 de la revista "Hispania", de 1954.

### MIGUEL ANGEL Y SU CIRCUNSTANCIA (\*)

Excmos. e Ilmos. señores, señoras y señores, amigos y compañeros:

Una vez más me honro ocupando esta ilustre tribuna académica. Una vez más escucho la llamada de Sevilla mi amada, pese a que de ella me llegan en los últimos tiempos sinsabores que me hacen temer por la obra mía de madurez que me ilusiona ver campar en su recinto. ¿Quedaré frustrada?

Esta llamada me llega por conducto del Presidente de nuestra Academia, D. José Hernández Díaz, entregado tantos años hace al servicio de la misma y de Sevilla, y aunque nuestro propósito es el de recluirnos en el obrador y trabajar en nuestro Arte terminando obras inacabadas o acometiendo otras que aún nos ilusionan, por sexta vez, siguiendo la ejemplaridad del Presidente, cedemos a su requerimiento. Ello no obstante que la disertación propuesta era, es sumamente ardua, compleja y tan rica y densa de contenido que desborda el límite de una conferencia y de mi capacidad.

Conmemoramos, señores, aunque con retraso —mea culpa, enfermedad y circunstancias adversas—, el V centenario de la llegada al mundo de aquel meteoro del Renacimiento surgido de una constelación deslumbrante de la inteligencia, como quizás no se haya dado otra en el planeta que vivimos. La grandeza de Miguel Angel Buonarrotti es tal que uno, aunque aprendiz de escultor o quizás precisamente por ello, se siente coartado o temeroso de no elevarse a la altura que la circunstancia demanda.

---

(\*) Conferencia pronunciada el 3 de marzo de 1976 en la Real Academia de Bellas Artes de Santa Isabel de Hungría, en conmemoración del centenario del Maestro.

Magdalena y yo trabamos ligero conocimiento directo con el coloso toscano, con su obra, allá por el año 24 del siglo. Magdalena —y fue coincidencia, pues aún faltaban cinco años para conocernos— por un lado, con su padre gran artista pintor y recién ganado un premio del Instituto de Francia, yo por otro, recién terminada mi pensión del Ayuntamiento de Sevilla y ganada mi primera recompensa en las Exposiciones Nacionales de Bellas Artes, hoy desaparecidas para mal del Arte y de la Cultura, pues en ellas eran los mismos artistas quienes discernían las recompensas, estableciendo jerarquías que impedían el caos dirigido que hoy prevalece.

Allá por los años 30, Magdalena, Prix de Rome y ex-pensionada en la Casa Velázquez, yo pensionado en nuestra Academia romana, unidos ya de por vida, juntos en Roma empezamos a dialogar con Miguel Angel, mejor dicho a escuchar su elocuencia, y durante los seis años que el pensionado duró fuimos conociéndole...

Algunos viajes esporádicos a Italia, el período reciente de nuestra dirección de aquella Academia de San Pietro in Montorio, enclavada donde se supone tuvo su huerto Marcial y asentada sobre una fundación de nuestra reina católica Isabel. Latinidad y cristianidad en el aire cada día, admirando la arquitectura generatriz del Bramante rival adversario de Miguel Angel. Y en cada propicia ocasión llegábamos a Florencia. No pocas de las reflexiones u observaciones de nuestro dialogar, aquí vertidas, vienen de la mente más luminosa que la mía, de Magdalena.

De Miguel Angel, de su vida y milagros —milagros son sus obras— se sabe todo o casi todo; por sus composiciones literarias, contratos, cartas de él mismo, de sus discípulos y amigos, de sus patrocinadores y admiradores, y aun de sus enemigos que, envidiosos de su genio, los tuvo. Y muy especialmente se conoce el acontecer de aquella existencia fabulosa por Ascanio Condivi, su discípulo y biógrafo, al que el Maestro contaba sus cuitas, y por Giorgio Vasari, su amigo, pintor e historiador de tantos artistas de la época.

Así pudo Giovanni Papini reconstruir con gran verosimilitud la vida de Miguel Angel y lleno de admiración por el Arte, artista él mismo, exclamar: "Dios colocó a los artistas más altos que a los reyes al concederles la indiscutible majestad del genio".

Corresponden la vida y los hechos miguelangelescos a su genio altísimo. Muy rara vez no estuvo a su propia altura; hombre fue y

humanas flaquezas tuvo. Ante la imposibilidad de estudiar detenidamente la inmensa obra del Buonarrotti, en toda la cual palpita su espíritu atormentado, hemos de limitarnos a destacar aquí circunstancias que encaminaron su quehacer a tareas sobrehumanas, y rasgos de su personalidad sin igual siempre y en todos los tiempos ejemplares.

No son menudas ni desdeñables las anécdotas e incidencias de su vida. Ellas nos muestran ya desde que está en el vientre de su madre y a lo largo de su dilatada existencia, cómo la Providencia o las hadas por él velan. Está fuera de dudas que algunas de las incidencias que amargaron su vida le estimularon, al mismo tiempo que le herían, haciéndole superarse.

Sin ellas, sin aquel estímulo punzante, no tendríamos muchas de sus creaciones, quizás las más importantes. No buscó ni se propuso el hacer las tumbas mediceas, la bóveda de la sixtina, el Juicio universal ni la cúpula de San Pedro. Fueron sus mecenas los papas clarividentes, conscientes y admiradores de su talento superior los que, para fatiga de Miguel Angel, gloria de la Iglesia y gozo nuestro lo embarcaron, quieras que no, en aquellas titánicas tareas.

Son ejemplares no solo su obra milagrosa, sobrio modo de vida que llevó y aquella vocación irrefrenable que le hacía sacrificarlo todo a su Arte, aun el propio bienestar sin ahorrarse jamás vigiliadas y esfuerzo y, bien se deduce, su laboriosidad tenaz y apasionada en extremo. Es ejemplar y fuera de lo común su enamoramiento de la figura humana y de toda belleza natural, obra de Dios y de la creada por la inteligencia o talento de los hombres, como lo muestra aquella su devoción por la antigüedad clásica, presente siempre en su obra.

Magdalena y yo no nos hemos contentado para discurrir ahora ante vosotros con el conocimiento que ya teníamos y al que antes nos referimos, sino que exprofeso peregrinamos pocos meses hace a los lugares en los que el maestro genial nació, vivió, trabajó y penó, rindiéndole devoto homenaje.

Así subimos a Caprese, lugar en el que Miguel Angel nació, nos hemos detenido en su Florencia amada, llegándonos a nuestra Roma, la Roma de su destino en la que los Papas, *Laus Deo*, le monopolizaron y como un limón estrujaron. En ella expandió su luz y murió. Aún nos llegamos a las montañas de Carrara de las que él extrajo bloques que ya contenían sus criaturas, montañas que quizás fueran determinantes en su piramidal grandiosidad marmórea para el con-

cepto de sus obras, particularmente las escultóricas. Acabamos subiendo hasta Milán a contemplar la famosa Piedad Rondanini en la que el genio, quizá exhausto ya, rondándole la muerte, trabajó en sus últimos días.

De este peregrinaje y reflexiones, llevados a término con ánimo humilde y devoto, con las ventanas del alma de par en par abiertas, en actitud de aprendiz y pensando en vosotros, procuraré haceros partícipes.

¿Fue Miguel Angel de origen aristocrático como a él mismo le gustaba creer? No, buena parte de sus antepasados fueron artesanos o trabajaron en las Compañías y Concejos, no en cargos importantes, y sin destacar. Algunos se dedicaron al arte del cambio, cosa peculiar en Florencia por entonces, enriqueciéndose; mas los descendientes, fenómeno hartó frecuente en las familias de todo tiempo, arruinaron el patrimonio familiar. Ya un abuelo de Miguel Angel tuvo que vender la casa solariega para casar a una de sus hijas y dio las otras a maridos de condición humilde por no poder dotarlas, y un tío dejó tan embrollados sus asuntos que nuestro artistas y los suyos hubieron de renunciar a toda herencia.

En la familia de los Buonarroti Simoni se encuentran, pues, individuos de muy diversa condición, pero no artistas ni estudiosos. Miguel Angel surge como una luz milagrosa de aquella mediocridad familiar.

Algo había de heredar Miguel Angel de sus antepasados; fue el afán de ahorrar y de administrarse, adquiriendo bienes para acrecentar el prestigio familiar, como si no bastase para ello su inmenso prestigio de artista que alcanzó el apelativo de Divino.

Como sus ascendientes cambistas fue hombre sensato, de vida por demás sencilla y sobria que no desdeñó el valor de ducados y florines.

No tuvo Miguel Angel un padre amoroso y ejemplar, antes al contrario, fue no sólo mediocre sino mezquino y apocado, pues siendo podestá de Castelfranco desertó su puesto cuando el sitio de Florencia. No estimaba las artes, ni las dotes artísticas de su hijo. No obstante, el hijo artista le respetó siempre y le quiso, ayudándole pecuniariamente con generosidad. Ludovico, que así se llamaba, cedió al hijo de 14 años a Lorenzo el Magnífico y recibió un cargo en la Aduana. El mal —ceder al hijo— se trocó en un gran bien, y he aquí la Providencia.

No heredó Miguel Angel de su padre otra cosa que la propensión a la fuga —ya lo veremos—, a comprar casas y terrenos y a creerse de origen aristocrático.

De la madre, Francesca de Mori di Miniato del Sora, se sabe que se casó a los 16 años, que murió a los 24 y que fue agraciada. Miguel Angel alentaba ya en su vientre cuando un día cayó del caballo, siendo arrastrada por camino abrupto de herradura sin que abortase, ni le ocurriese nada. Y tampoco fue contagiada de la peste cuando murió en sus brazos un hermano suyo atacado por el morbo. ¿No es ésto milagrosa protección divina? Sí, no quiso la Providencia que el ser que aquella mujer gestaba, destinado a la grandeza, se malograra.

De 1469 a 1492 es señor todopoderoso de Florencia Lorenzo de Médici, el Magnífico.

Treinta y tres años durante los cuales todas las actividades del espíritu se desarrollaron y florecieron bajo su patrocinio y munificencia, viniendo a ser la ciudad del Arno emporio de las artes y las letras.

Era el tiempo de aquel canto del Magnífico:

Quanto é bella giovinezza  
que seu fugge tuttavia  
chi vuol essere lieto, sía  
di domani, non c'è certezza.

Alguien lo interpretó así: La juventud es bella y efímera, canta, ríe y sé feliz, si quieres, y no cuentes con el mañana.

En aquel tiempo, en 1475, nace de Lorenzo el Magnífico, Giovanni, andando los años Papa León X; nace César Borgia, hijo natural del español Rodrigo Borgia, más tarde Papa Alejandro VI. Y el 6 de marzo del mismo año ve la luz primera en Caprese, sometido ya entonces al señorío de Florencia, Miguel Angel Buonarroti.

En Caprese murió totila, que quiere decir inmortal. Otra sería la inmortalidad del genio de las Artes que circunstancialmente allí vino a nacer.

Según nos acercamos al lugar, que ni siquiera llega a ser aldea, el terreno se empina, casas diseminadas en las laderas, entre bosques de castaños, robles seculares, fresnos, nogales, olivos y viñedos, y, como en toda Italia, cipreses cimbreantes. En lo más alto, en la cumbre, un palacete de piedra que fue casi castillo. Así resulta la

casa rodeada de fortificaciones. ¿Predestinación? Un día Miguel Angel, además de hacer escultura, pintura, arquitectura y poesía, dirigiría los trabajos de fortificación de su amada República florentina. Y más tarde otros similares en Roma.

En una cumbre nació nuestro artista, ansia de alturas tuvo de por vida y cumbre altísima fue.

Desde allí arriba divisamos el alto valle del Tíber legendario que condicionó la historia de Roma y nuestra civilización. Como el Guadalquivir, aún no deificado, condicionó la historia de Sevilla. A pocos kilómetros de Caprese surgen las fuentes de aquel río. El destino romano del que fue toscano hasta la médula estaba, pues, marcado por la tierra natal.

Viniendo de Monterchi y San Sopolero, país del gran Piero della Francesca, arribamos, no por caminos de herradura y a caballo como arribarían Ludovico y Francesca, sino por carretera moderna y en moderno automóvil guiado por Magdalena. Una cadena de montañas más allá del valle rodean el ubérrimo monte, y abajo, arroyos de agua cristalina. En aquel paraje, no obstante el cerco de montañas que cierra el horizonte, se siente el anhelo de lo infinito.

Parece aquella cumbre una isla en medio del mar tempestuoso. ¿No fueron así la existencia y el entorno o circunstancia miguelangelesca?

Conmovidos, accedemos al palacete por empinada escalera pétre, y en seguida nos encontramos en la amplia estancia, casa y despacho de Ludovico, el padre, podestá a la sazón del lugar. Al fondo, otra estancia más reducida, dormitorio o alcoba, en cuyo ancho lecho Francesca dio a luz al que sería forzado coloso de las Artes.

La ambientación de ambas estancias, rigurosamente realizada con muebles y enseres de la época, ha tratado de reconstruir lo más fielmente posible el ambiente sencillo y burgués en el cual vivió la familia Buonarroti, durante su permanencia en Caprese. Caprese, que era conocido por la exquisitez de sus castañas, hoy se denomina Caprese Michelangelo, y es atracción de forasteros y estudiosos.

He aquí la estancia del alumbramiento según dibujo de Magdalena, del que para conmemorar la efemérides ella hace donación a esta Academia, trazado mientras yo visitaba el resto de la casa y un museo de escultura al aire libre, en bellísimo emplazamiento desde el que se divisa grandioso y sugestivo panorama. En aquel

museo, formado con donaciones de renombrados artistas modernos en homenaje al Buonarroti, no todas las obras son afortunadas ni responden —es la modernidad— al gran amor que él tuvo por la belleza. Se destacan, un bello desnudo bronceo del español Viladomat y una graciosa Madonna de mi amigo el gran escultor florentino Antonio Berti. Para dicho museo se me ha solicitado una obra y me propongo enviarla. Quien nos acompaña en nombre del Alcalde, nos pide firmar, escribir una frase en el libro dedicado a Miguel Angel, y escribimos: "Con admiración sin límites y humildad ante tu grandeza".

No sin emoción, cuando el tramonto hace parecer ardientes las montañas, emprendemos el regreso a Florencia.

En Florencia había de crecer, formarse y desarrollar sus dotes naturales, aprender se entiende, Miguel Angel.

No más que nacer fue llevado a Settignano, país vecino, y confiado a una nodriza hija y mujer de canteros. Anotémoslo. Cuando sus ojos y sensibilidad se abrían al mundo visible y tangible, cuando empezaba a caminar, movíase entre mármoles, y el tintineo de martillo y cincel sobre el albo mármol duro y sonoro al golpe, fue la primera música que sus oídos oyeron. Quedaría fascinado por ella viendo cómo las formas surgían del bloque. Inclínados los niños a imitar a los mayores o ven en derredor suyo, ¿quién duda de que en los juegos infantiles, mármol, cincel y martillo andarían entre sus entonces tiernas manos? El juego continuaría, formando ya parte de su propia naturaleza, a veces gozoso, otras fatigoso o dramático hasta sus casi 90 años. Quizás aquellos años infantiles fueran los únicos realmente hogareños y de vida rústica y sencilla por él gozados. ¿No arrancarían de ellos la sobriedad y sencillez que luego le caracterizaron?

Cuando Miguel Angel tenía poco más de tres años le llevaban en brazos cruzando la ciudad y al pasar frente al Palacio de la Señoría presencié la ejecución de uno que había intentado dar muerte a Lorenzo el Magnífico. Aquella imagen horrible del ahorcado, sogado al cuello, en una ventana de palacio, ¿quedó grabada en él de tal modo que la tuviera presente en algunos de los cuerpos que se desploman en el vacío al pintar el Juicio Final? Posiblemente.

A aquel niño le gustaba más dibujar que aprender la gramática.

No olvidemos que de todas las expresiones gráficas la más completa y universal es el dibujo. Muerta Francesa —la madre—, a sus seis años empieza a aprender. ¡Y qué aprendizaje! Meditando quien piense que los maestros sobran y que el arte o el artista nace por generación espontánea o los autodidactas. Leonardo da Vinci, veintitrés años mayor que él, empieza sus trabajos en la corte de Ludovico el Moro y se oye hablar del genio en Florencia. Aprende el Buonarroti humanidades con Francesco Galatea de Urbino, y disciplina artística con el pintor Francisco Granaci, su vecino, primer amigo y primero en apreciar las dotes prodigiosas del niño. Mucho le costó a Granaci convencer al incomprensivo padre que subestimaba el trabajo hecho con las manos, como si no fueran las manos las que transmiten a lo real y tangible, a la materia inerte, el pensamiento, la idea, el sentimiento. Costó convencer a Ludovico, digo, para llevar al hijo al taller del Ghirlanducio. Allí entra a los 13 años, en 1488, el mismo de la muerte del Verrochio.

Por aquellos días en las numerosas cortes de Italia se suceden los acontecimientos políticos y guerreros, mas florecen las Artes. Dos años antes Fernando I de Aragón había reprimido en Nápoles la Conjura de los Baroni, sostenidos por el Papa.

Eran días aquellos en los que entre palacios, por calles y plazas el niño aprendiz podía cruzarse con Leonardo da Vinci, el Policiano, Luca della Robia, Maquiavelo, Boticelli y otros grandes de la eclosión milagrosa del Renacimiento florentino.

Elegido por la Providencia o por las hadas, Miguel Angel es acogido a sus 14 años como hijo por el Príncipe Magnífico. De la burguesa mediocridad de los suyos pasa al palacio y jardines del gran señor que, ese sí, comprendía, amaba y patrocinaba todo aquello con lo que el joven soñaba y por lo que se afanaba. En los jardines mediceos de San Marco recibe lecciones de escultura de un discípulo de Donatello, Bertholdo di Giovanni, y el Policiano le enseña humanidades y a amar la antigüedad clásica.

Lo primero en el aprendiz no son las ideas, sino el afán de imitación de los maestros y de la estatuaria antigua. Cuando ya es capaz de manejar con destreza maza y cincel, domeñando la dura materia, la trata como lo hicieran sus inmediatos antecesores y crea con precocidad sin igual, a sus 15 ó 16 años, el relieve de concepto pictórico la *Virgen de la escalera*, que hubiera podido atribuirse a Donatello, al que tanto había admirado, o a alguno de aquellos

maestros cuatrocentistas que aprehendiendo la vida plasmaron toda la gracia y donosura florentinas. Pero hay una diferencia esencial, los maestros que me refiero suelen expresar la alegría de la vida, en tanto que en Miguel Angel, ya en esta primera obra juvenil, y siempre hasta su muerte, se advierte una melancolía y gravedad, una fuerte tensión que será ya la impronta del Buonarroti de por vida.

En el Palacio de los Médici, además de a Policiano, escucha a Marsilio Ficino y Pico della Mirandola, asimilando de ellos el platonismo, y allí crea el relieve "Batalla de centauros y lapitas", prodigio de intuición comparativa y de dinamismo.

A Miguel Angel, como buen florentino, le gustaba la chanza y aun burlarse de sus compañeros. Un día en que copiaban a Massaccio en Sta. María del Carmine, la burla fue dirigida a Torrijiano. Este, irritado, reaccionó violento y dio tal puñetazo a Miguel Angel que le rompió la nariz para siempre. Torrijiano tuvo que huir y acabó en Sevilla. El pobre Buonarroti quedó aún más feo de lo que ya era, haciéndose retraído con las mujeres y creándole un complejo de inferioridad. ¿No habría sido otro el carácter de Miguel Angel si no hubiera recibido aquel puñetazo?

¡¡1492!! Año memorable. Cristóbal Colón, al servicio de España y con otros españoles, descubre América. Es proclamado Pontífice, con el nombre de Alejandro VI, Rodrigo Borgia, español. Había comenzado la grandeza histórica de España y su Imperio. Muere Piero della Francesca y muere Lorenzo el Magnífico.

Miguel Angel llora profundamente dolorido la muerte de su segundo padre y protector. Tan abatido queda que durante algún tiempo no pudo hacer cosa alguna. ¿Cómo él, que pasó la adolescencia entre los Médicis y tanto recibió del Magnífico, más tarde sería amigo de sus enemigos? Tal vez por amor a la República y a la libertad? Más seguro por la afrenta recibida de Piero, hijo de Lorenzo, con el que había convivido y que al heredar la jefatura y la riqueza, pero no el talento, y llamarle de nuevo a su casa con los mismos anteriores beneficios, mas torpe y frívolo no se le ocurrió otra cosa que encargarle una estatua de nieve y además parangonarle en sus preferencias a un palafrenero español a su servicio, cuyo cuerpo, destreza y gallardía despertaban admiración.

He aquí como la incompreensión de la dignidad del artista por parte de los poderosos, puede trocar el amor en animadversión o desvío.

Hay una verdad constante que suelen olvidar los poderosos: "quien no ama el Arte ni al genio creador, resulta también mediocre en los manejos políticos" y aun en sus quehaceres. Una superficial mirada al mundo de nuestro tiempo nos lo confirma. "Mida usted a las personas según su amor, su gusto y preferencias artísticas", nos decía Abel Bonnard, de grata memoria.

Muerto el Magnífico, Miguel Angel retorna a la casa paterna. Llegan pronto los primeros encargos. Es ya un artista destacado y admirado que tiene en sus manos la maestría.

Osa lo que antes por respeto al Magnífico Lorenzo no osó. Va a escuchar la voz contestataria, tonante y comprometedor del feroz adversario de los Médici, Girolano Savonarola, que con sus teatrales llantos y gritos de terror atemoriza a los florentinos.

Miguel Angel, apasionado y ardiente, se inquieta y queda fascinado por aquella voz del fraile fanático, quizás para siempre. Nace entonces en su conciencia el drama que enfrenta su mente alimentada por humanistas y poetas con los sentimientos cristianos de su corazón.

Como clarivamente escribe Papini. "Amaba la belleza sobre todas las cosas y de aquella orientación espiritual del fraile, quizás incompatible con la práctica de las Artes, con el goce de la vida, partió su tormento y desgarró hasta la muerte".

El cuerpo es instrumento de corrupción destinado a la corrupción, y es el alma lo que cuenta. ¿Pero acaso no promete la fe la resurrección de la carne? Ella otorga valor eterno al cuerpo y a su belleza.

¿Rendir culto a la belleza visible, o buscar la santidad en lo invisible?

La hermosura de los cuerpos desnudos, "elemento inagotable de la obra de Dios, luchaban en él con el temor al castigo y a las penas para alcanzar la salvación".

Mas crear belleza, sublimándola, también nos salva, pues imitamos a Dios. ¿Cómo no había de optar por la Hermosura aquella mirada aprehendedora de ella en todo su esplendor, y educada en el amor de la luminosa estatuaria griega? Nos lo dicen sus criaturas: "Baco", "David", los Esclavos, las tumbas mediceas, y lo proclama con voz inextinguible la Capilla Sixtina en su bóveda constelada de cuerpos desnudos, o en el Juicio Universal donde irrumpe el desnudo en torrente impetuoso.

En 1494 Carlos VIII de Francia baja hacia Italia visando el reino aragonés de Nápoles, y su ejército se aproxima a Toscana. Tiene Miguel Angel 19 años y huye a Florencia con dos amigos, uno de ellos tocador de laúd y el otro pintor.

¿Por qué huye un hombre que, contra lo que se ha escrito, no podía ser temeroso, ya que no vaciló a lo largo de su vida en enfrentarse con los poderosos y aun en provocar el enojo o la ira de algunos Papas? ¿Acaso el desvanecerse de su primer amor al casarse la Contessina, hija de Lorenzo, con la que convivió en el palacio mediceo y de la que se presume que estuvo enamorado?

Huiría, es lo más seguro, por la aproximación de las tropas francesas. El sacrificaba todo a su arte y divisaba ante sí una vida de creación. Prudentemente se alejaba del peligro.

Escapan los amigos a Venecia, no encuentran allí acogida y después recalán en Bolonia, donde por incumplir unas ordenanzas, en vez de ir a la cárcel el Buonarroti encuentra un protector, Messer Giovan Francesco Aldobrandi, miembro del Consejo que gobierna la ciudad, que los hace poner en libertad. Miguel Angel da su dinero a los amigos, y Messer Aldobrandi lo acoge en su casa y le proporciona trabajo.

A finales de 1495 vuelve a Florencia. Ya la alianza de nuestro Fernando II el Católico y Maximiliano I habían constreñido a Carlos VIII a retirarse de Nápoles y a remontar los Alpes.

Indignado por haber sido objeto de un fraude, Miguel Angel escapa a Roma, tanto para esclarecer el asunto como para conocerla, esperando además que en la Urbe encontraría ancho campo para ejercer sus facultades. No tardó en encontrar en Roma quien supiera apreciar su talento. El banquero Jacopo Galli, que había ido antes a buscarle a Florencia, y generoso mecenas, le encargó entre otras obras un "Baco" tambaleante; el modelado y el conocimiento que de la forma humana revela esta escultura es ya prodigioso. Alguien dijo que pretendió hacer con ella el moralista. No, ¿cómo podría crearse obra tan maravillosa pretendiendo condenar el vicio o teniendo repugnancia por su modelo? En el modelo vivo, admirándolo como obra de Dios, se apoyaría siempre el Buonarroti para gestar sus criaturas ideales.

Galli le proporciona también el encargo de la Piedad vaticana que le hace el Cardenal francés Groslye: Ya en este grupo, eje-

cutado por inspiración del Cardenal a los 23 años, palpita el alma poética de Miguel Angel y una ternura que no volveremos a encontrar en su obra. Aquella ternura y dulzura taciturna de la madre joven, ¿no vienen de la nostalgia del amor materno por él no conocido?

Algo sobrenatural alienta en este grupo como un halo:

No es piedra esta Señora  
que sostiene piadosa, reclinado  
en sus brazos, el muerto Hijo helado.

Es rima de nuestro Pacheco, que así la vio.

En aquellos días romanos en los que Miguel Angel creaba el Baco y la Piedad, de tan opuestos sentimientos, Savonarola encendía la gran hoguera de libros y obras de Arte. Alejandro VI lo excomulgaba y finalmente era procesado y condenado a muerte; César Borgia se apodera de las Romanias y Rafael Sancio aprendía con el Perugino.

En 1501, a sus 26 años, Miguel Angel, siendo su amigo Soderini confaloniero en Florencia, vuelve a la ciudad del Arno y trabaja con el frenesí que caracterizó su existencia; en la Virgen con el Niño que cinco años después emigraría a Brujas; en el "David", que él lo esculpe más gigantesco que fuera Goliat. David liberador de su pueblo es un símbolo de Florencia amante de la libertad. Donatello, el "Verrocchio" Leonardo, ya lo habían plasmado. Miguel Angel, aprovechando un bloque enorme desechado por otros artistas, escribe en un dibujo preparatorio para encajarlo en él: "David con la honda y con el arco yo". Seguro estaba de su destreza y de sus fuerzas. Vio al coloso en el bloque, maza y cincel en las manos, acometió la tarea y surgió, quitando cuanto sobraba, el muchachote gigante, de extremidades ya desarrolladas, de rostro severo y colérico y en cuyo cuerpo la sangre, la vida, palpita; fue colocado ante el Palazzo Vecchio. Hoy preside el Museo de la Academia.

Y también por entonces trabaja en el San Mateo, que nunca remataría, y en el Tondo Toni, Sagrada Familia en la cual la Virgen sí mira al Niño. Aquí se mezclan las dos vertientes que le desgarraban; el tema cristiano y un algo de atlético, de triunfal y heroico, que da a la composición un aire clásico. Sorprende la pintura a Angelo Doni, que se le encargó; intenta regatear su precio. Entonces el Buonarroti exige el doble o la devolución de la obra, de su criatura, en la que sus más íntimos sentimientos se habían encontrado.

Le aplaudimos, porque ¿cómo pueden ser regateados estos amores que no tienen precio, a veces acompañados de vigiliias y de sufrimiento para llegar al logro?

Por entonces el Buonarroti, refugiándose en ellas, escribe sus primeras rimas.

Hubo en Miguel Angel una lucha interior entre paganismo y cristianismo. Durante su juventud alternó las obras de tema clásico y de tema cristiano. Dícese que en sus primeros años de aprendizaje hizo un "San Antonio" y luego un "Fauno". Ya en el jardín de los Médici, tras la "Batalla de los Centauros", la "Virgen de la Escalera". En Roma, la Venus, el Baco, y en seguida la "Piedad" y antes un "San Juan niño", desaparecido, y el "Cupido". Sostenía, quizás sin quererlo, un equilibrio entre las enseñanzas del Policiano y las tonantes admoniciones de Savonarola.

Después esculpió gigantes y toda su obra está impregnada de grandiosidad y potencia. Gigante era su espíritu, mas su físico, según lo refiere Condivi, fue "de altura de cuerpo mediocre y de niño, endeble", por añadidura feo —como hemos visto— y retraído.

Quizás por ello tuvo la propensión hacia lo potente, hacia lo colosal y de gesto elocuente, y tuvo el anhelo, la pasión por la belleza y la hermosura que a él le faltaban.

Muere Alejandro VI y, tras el brevísimo reinado de Pío III, Giuliano della Rovere es elegido Papa con el nombre de Julio II. Hombre de guerra, dominador. Francisco I dijo de él: "Mejor Julio Emperador que Papa romano". Avido de grandeza, de gloria, de inmortalidad y de sensualidad, tuvo de Cardenal tres hijas naturales, y se hizo pederasta en su edad madura. 1503 - 1513. Diez años gloriosos para las artes y para Miguel Angel, sí que también dolorosos.

El predominio de los españoles en Italia se afianza. Julio II guerra y entra triunfalmente en Bolonia. En 1505 encarga a Miguel Angel su propio monumento fúnebre, que tantos quebraderos de cabeza había de dar al artista. El escultor pasa ocho meses en Carrara para seleccionar los mármoles tras haber hecho los primeros proyectos.

Asomémonos a Carrara, y subamos a los montes Apuanos. Entre pinos y cipreses se destacan, al fondo, blancas e impresionantes, las montañas. Subimos cómodamente en automóvil, imaginándonos al Buonarroti escalando, no sin fatiga, a pie o a caballo, aquellas majestuosas pirámides marmóreas, de color blanco caliente, ocre y

plata vieja, de las que él extraería la materia que, penetrada de su espíritu, se transmutaría en esculturas inmortales. Algunas de ellas, allí mismo concebidas, y gestadas en su mente ante aquellas torren-teras de piedra, corcel con blancura de espuma, conjunción de la naturaleza y el arte en la que el pensamiento humano pugna por elevarse más alto que los picachos y las aguilas.

Pensamos que después toda la obra de Miguel Angel está penetrada de aquel sentimiento de solemne grandiosidad que allí nos envuelve. Aun en la distribución de las masas, en el contraste de entrantes y salientes, en su pesantez equilibrada, se diría que buena parte de sus esculturas y arquitecturas están concebidas como montañas y como si tuviera nostalgia del infinito.

Más tarde, escribiría Miguel Angel a su hermano Buonarroti: "Me he puesto a resucitar muertos, a querer domesticar estos montes".

Brisa del mar y transparencia celeste, nostalgia melancólica y dramática ante la fugacidad del tiempo y de la vida.

"Povero uomo", como él a sí mismo se diría; el orgullo de Miguel Angel no es propiamente orgullo, sino que habiendo puesto la cima del arte tan alta, tiene el sentimiento de no poder alcanzar la cúspide.

Julio II quería vencer al tiempo. El más grande de los arquitectos —Bramante— edificaría un nuevo San Pedro; el más grande de los pintores —Rafael— adornaría los muros de su palacio; el más grande de los escultores le erigiría el más portentoso sepulcro que jamás tuviera rey ni papa.

El Pontífice, ocupado en empresas guerreras, suspende el proyecto de su tumba cuando los mármoles seleccionados en Carrara han llegado a Roma. El escultor tiene que hacer frente a los cuantiosos gastos que ello ha ocasionado. Acude reiteradamente al Papa y éste le hace echar de Palacio por medio de un palafrenero. Miguel Angel, indignado, huye a Florencia —tanto por esta afrenta como por amenazas para su vida provenientes de constructores que trabajaban para Bramante en la nueva Basílica—. Enviados del Papa le alcanzan ya en tierra florentina. El artista se niega a volver, lo había jurado. Meses más tarde, ruegos de enviados del Papa, consejos de los amigos le hacen deponer su terribilidad, no inferior a la del Pontífice, y hace las paces con él en Bolonia. Cuando el Buonarroti se presenta ante Julio II, venciéndose para humillarse

y se arrodilla, el Cardenal Soderini, hermano de su amigo el confaloniero, queriendo aplacar la irritación del Papa, le dice: "No repare Su Santidad en su error, ha errado por ignorancia. Los artistas, fuera de su arte, son todos así". Palabras, si bien intencionadas, injuriosas para el Buonarroti, tan querido y admirado por Julio II. Este descargó su cólera contra el pobre y atónito Cardenal, diciéndole: "El ignorante eres tú", haciéndole echar "a palos", según cuenta el mismo Miguel Angel, que debió sentir con ello íntima satisfacción. Mas después ha de modelar y fundir —"dura penitencia"— una gran estatua del Papa que, colocada en San Petronio, fue destruida más tarde por los enemigos de Julio II.

Le ilusionaba de nuevo al Buonarroti la idea de la tumba, mas apenas llegado a Roma hubo de abandonar su ilusión. El Papa quería decorar la bóveda de la Sixtina y pensó para ello en Miguel Angel. Bramante, que patrocinaba a Rafael, trató de disuadirle so pretexto de que el Buonarroti solo sabía hacer escultura. Mas, siempre enemigo suyo, cambió de táctica pensando en su posible fracaso por creer que no dominaba la pintura al fresco. Impulsó entonces al Papa para que obligase a Miguel Angel a pintar la bóveda. Con el fracaso, Julio le despediría y él se vería libre de su odiado rival. Si se negaba, la cólera del Papa produciría idéntico efecto.

Bramante trató de causar daño al Buonarroti, pero le proporcionó un grandísimo bien, ya que a su fama de Divino como escultor, añadió la de pintor inigualable. Aquella enemistad y manejos del Bramante estimularon en Miguel Angel la conciencia de sus facultades, venciendo así su contrariedad a cambiar el cincel por los pinceles, su resistencia ante el Papa, y asumió la descomunal empresa.

Embriagado ya por su propia fantasía, convenció al Pontífice de que en lugar de lo que él pretendía, más sencillo y expeditivo, mejor sería pintar por entero la bóveda.

Entrevió rauda la historia divina y humana anterior a Cristo; imaginó a todos sus precursores y a cuantos le habían anunciado, y, escultor, pintor y arquitecto a un tiempo, concibió y proyectó la distribución y creación de este mundo que nos eleva a la Redención.

Empresa sobrecogedora. Trescientos metros de superficie le aguardaban para recubrirlo con su fantasía y propias manos.

El resultado, que la rivalidad quiso un fracaso, sigue patente

siglo tras siglo; fue, es, un milagro inigualado del Arte, una victoria altísima del espíritu, de la sabiduría y del oficio.

Todo allí es invención, mas invención verosímil en la que cada figura asume distinto tamaño según su significado.

Ya desde sus trece años, siendo aprendiz del Ghirlandaio en Santa María Novella, Miguel Angel empezó a tener cierta práctica en la pintura al fresco.

En la bóveda se muestra conocedor profundo de las Sagradas Escrituras y poeta, siempre poeta. ¡Qué mente y destreza la suya para transferirnos este mundo de modo no solo visible, sino claramente legible en todo su significado!

En 1950, con ocasión de las obras de consolidación y restauración que en la bóveda se efectuaban, logramos Magdalena y yo, a través del Embajador Marqués de Aycinena, el raro permiso para subir hasta ella. Tumbados sobre los andamios tal cual Miguel Angel pintaría, pudimos contemplar y aun tocar aquellas enormes figuras, rematadas al máximo, siempre con grandeza, nunca con nimiedad. Cuando se tiene al alcance de la vista, a distancia del brazo alzado y un largo pincel en la mano, el rostro de una figura, apenas si se alcanza a divisar los pies. Y sin embargo no hay desproporción ni desequilibrio en las diversas composiciones.

Este mundo de escenas bíblicas de monumentales profetas, sibilas, etc., fue pintado en menos de cuatro años, en tarea, bien se comprende, ininterrumpida y titánica.

En aquellos años, Rafael, bajo el fascinador influjo de Miguel Angel, mas con su propia personalidad ya, pintaba las Staure; en Venecia empezaba a trabajar Tiziano Vecellio; morían Boticelli y el Giorgione, y la gran estatua broncea de Julio II era destruida en Bolonia por los Bentivoglio, sus enemigos.

Como es sabido, a Miguel Angel le gustaba más dibujar o esculpir que cualquiera otra actividad.

Copió a los maestros, estudió profundamente el cuerpo humano y su anatomía, y trazaba y modelaba sobre el papel a punta de lápiz o de pluma. Pocas veces difuminaba. Sus dibujos son siempre magistrales, y muchos una obra maestra con toda su trascendente y significativa expresión.

Su ciencia anatómica nos ofrece una arquitectura y morfología humanas más clara y rotunda aún que el modelo vivo al que para realizar sus obras miró.

Por ser quien era, pudo tener a su disposición cadáveres que

él mismo diseccionaba y manipulaba para estudiar, dibujando y observando la anatomía, desvelando con ello el secreto de las formas.

Hemos visto cómo acontecimientos históricos, hechos extraordinarios, sucesos, incidencias y aun anécdotas al parecer baladíes, fueron configurando, junto con un concienzudo y afanoso aprendizaje, la personalísima figura de Miguel Angel y engrandeciéndola. Esta trayectoria continúa durante toda su trabajada, angustiada, dramática existencia.

No podríamos ni intentar siquiera continuar relatándola aquí; tan rica y fabulosa es. Limitémonos, pues, a señalar, aunque sea de pasada, algunos momentos estelares suyos y de su tiempo, mientras la tarea dolorosa y gozosa, agotadora, va consumiéndole.

El siguiente año de ser descubierta la bóveda muere Julio II, y nuestro artista estipula con los herederos nuevo contrato para la tumba y acomete la gran estatua del Moisés, instalada más tarde en San Pietro in Vincoli. Sentado, majestuoso como un dios, todo él es movimiento, dinamismo. Su rostro, de mirada iracunda, es tal vez un reflejo del de Julio II, que contempla a la cristiandad como Moisés contemplaría al pueblo judío. Esta grandiosa dominadora escultura que centra la obra miguelangelesca, así como los esclavos del Louvre, del mismo momento, están trabajados, acariciados hasta el último extremo. Mientras él atacaba sabio y ardoroso aquellos mármoles, Bramante moría.

En 1516 el escultor arquitecto proyecta la fachada de San Lorenzo, no realizada tampoco, y trabaja en la Sacristía Nueva. Muere Fernando el Católico. Cisneros es Regente de España, y sube al trono el que, a la muerte de Maximiliano I, sería nuestro Emperador Carlos V.

En 1517 Miguel Angel vuelve de nuevo a Carrara para seleccionar mármoles. Dos años después muere Leonardo da Vinci, y al siguiente Rafael de Sanzio, a sus 37 años. León X Médici hace proyectos para la capilla funeraria de su familia. Hernán Cortés está conquistando Méjico y Lutero quema la bula papal.

Se enciende la primera guerra entre Francisco I y Carlos V, 1521 - 1526, y es Papa Adriano VI de Utrecht, último Pontífice no italiano. Le sucede otro Médici, Clemente VII, el que monopoliza a Miguel Angel, que trabaja para las tumbas de San Lorenzo creando el "Crepúsculo" y la "Aurora". El melancólico, ella abierta, aunque

desganada. Detrás, en un nicho, Lorenzo, Duque de Urbino, nacido cuando el Magnífico moría.

Francisco I, derrotado en Pavía y prisionero en Madrid, ha de renunciar al Ducado de Milán, del que se había apoderado, y a Nápoles. Mientras tanto el Buonarroti crea "El Día" y "La Noche", famosísimas, que flanquean a Juliano, hermano de León X. Ni Juliano ni Lorenzo se parecían físicamente, pues Miguel Angel procuraba crear arquetipos.

Se dice que Juliano es la acción y Lorenzo el pensamiento, mas a nosotros se nos antojan en toda su hermosura, gesto elocuente, sabia disposición de volúmenes con forma humana magistralmente construida. Y las cuatro alegorías, Noche y Día, Crepúsculo y Aurora, seres poderosos, proporcionados monumentalmente y agrupados cada uno de ellos en sí como una montaña. ¿Melancolía del tiempo que huye? Vida palpitante e inmortal.

En 1527 caen los Médici, suspendiéndose los trabajos en San Lorenzo. Se produce el saqueo de Roma. Vuelven a guerrear Carlos V y Francisco I y se instaura de nuevo la República en Florencia. Dos años después, Miguel Angel es nombrado miembro de los Nueve de la milicia de la República. Luego, Gobernador y Procurador General en la dirección y construcción de los muros de la ciudad, mas en septiembre del mismo año huye a Venecia —herencia paterna—. Vuelve en noviembre y toma de nuevo la dirección de las fortificaciones.

Ya con la paz de Cambrai, Francia había reconocido el predominio español en Italia.

En 1530, Carlos V es coronado en Bolonia Emperador y Rey de Italia, y Clemente VII logra del Papa la restauración de los Médici en Florencia.

Miguel Angel huye de nuevo, mas perdonado por Clemente VII reanuda sus trabajos en las tumbas mediceas y crea, además, otras obras.

Entregada Florencia a las tropas imperiales, es nombrado Duque Alejandro de Médici (dícese que hijo natural de Clemente VII), al cual Carlos V da en matrimonio su hija bastarda, Margarita de Austria.

Francisco Pizarro inicia la conquista del Perú.

Miguel Angel esboza en el mármol los cuatro esclavos de la

Academia. Solo se complace en modelar algunas de sus partes, o no le dejan tiempo para más, y así quedan.

Vuelve Miguel Angel a Roma, hace nuevo proyecto para la tumba y conoce al culto y bellissimo joven Tommaso dal Cavalieri, que fue su gran amigo y discípulo. Enamorado del Amor en sus más altas expresiones y de la Belleza, el Buonarroti escribe para el discípulo rimas arrebatadas que los morbosos psicólogos de hoy y el calumniador Aretino entonces, interpretan torcidamente. "Calumnia, que algo queda".

En 1534 muere, a sus 90 años, el padre de Miguel Angel y el artista se traslada definitivamente a Roma. Es el año en que nace la Iglesia Anglicana y, muerto Clemente VII Médici, sube al trono pontificio Paolo III Farnese. Al año siguiente, Milán es sede de un gobernador español.

Miguel Angel da comienzo a sus trabajos para el Juicio Final. En él su espíritu sobrevive al de los poderosos de la tierra en su tiempo.

Entre tanto Calvino inicia en Ginebra su actividad reformadora. Se produce la tercera guerra entre Carlos V y Francisco I a causa de la anexión española del Ducado de Milán. Vuelve a reinar en Florencia un Médici, Cosme I, y se desvanece la esperanza de una restauración republicana. Cosme I contrae matrimonio con la española Leonor de Toledo, hija del virrey de Nápoles, y es aprobada por Pablo III la Compañía de Jesús, fundada por Ignacio de Loyola. En Venecia empieza a trabajar el Tintoretto, y Benvenuto Cellini escapa a París cerca de Francisco I.

Mientras se suceden tales acontecimientos, Miguel Angel, además de ir creando el Juicio Universal, escribe numerosos sonetos. Traba amistad con Victoria Colonna, su gran amor, compone rimas para ella y continúa hasta el año 46 las que forman el grupo dedicado a la mujer "bella y cruel". Instala y ordena en la plaza del Capitolio la estatua ecuestre de Marco Aurelio, realizando su admirable hermosura con breve pedestal por él dibujado, y ejecuta el busto de Bruto. Está ya en sus años 60.

Nos asombra su laboriosidad en aquellos siete años, pues el Juicio Final es la más vasta y portentosa composición pictórica que el hombre ha concebido, y realizado.

A la tenacidad y dotes diplomáticas de Pablo III, que fue a visitar a Miguel Angel a su taller rodeado de Cardenales, se debe

que el escultor se aviniese a pintar el "Juicio Final". Detengámonos ante él:

En lo alto, en la cúspide, Cristo; más abajo, los ángeles con sus trompetas convocan a los muertos. Estos despiertan, resucitan y se inicia el Juicio. Todo es movimiento, dramatismo. Y ya aquí no hay afectación alguna como en obras anteriores de Miguel Angel. Aparecen en la pintura 314 figuras. Una infinidad para un espacio limitado y para ser obra de un solo hombre; nada, si pensamos en los miles y miles de millones que compareceremos ante el Sumo Juez el último día.

Irrumpe en lo alto, centrando la vasta composición, Cristo. Juez potente, grave e implacable, hermosísimo como un dios antiguo; a su lado, recogida, acogiéndose a El, ensimismada o abstraída, como casi siempre la representó Buonarroti, la Virgen. En torno al halo celestial, a la azulada claridad que los envuelve, se agrupan formando como una gruta o bóveda, cuerpos que se superponen y apiñan en masas eurítmicas a ambos lados. En el Juicio tenemos una agrupación ordenada, riquísima y varia. Pese a que los movimientos del hombre son limitados, aquí nos parecen de una variedad sin límites; no encontramos repeticiones.

¿No hay en esta ordenación, aquí más sabia, de la parte superior una reminiscencia de aquel relieve de la batalla de centauros y lapitas, creado unos 45 años antes? Y tiene también esta agrupación de cuerpos desnudos su antecedente en las pinturas de Signorelli —al que Miguel Angel admiraba— en la Catedral de Orvieto, que él visitó antes de emprender su titánica tarea.

Aparecen con sus símbolos en esta superior agrupación, Adán, San Pedro, San Sebastián, otros apóstoles y santos, y créese que en el rostro de San Bartolomé se retrata al Aretino, su calumniador; de la mano izquierda del santo cuelga una piel, el mísero despojo del propio Miguel Angel que allí pinta su impresionante autorretrato. Es tremendo, sí; se pinta como un despojo entre la humanidad que resucita... Quizás pensara que "a eso le redujeron los poderosos prepotentes, el amor imposible, los adversarios, el arte agotador y sus sueños sobrehumanos".

Contemplando este gigantesco alud de cuerpos, cabezas y miembros, pensamos en las montañas de Carrara, en aquellas sorprendentes cascadas de mármol que tanto impresionaron a Miguel Angel cuando aún era joven.

Estos grupos se arraciman eurítmicamente a ambos lados de un

eje central, equilibrando sabiamente lo que de otro modo parecería caótica amalgama.

Miguel Angel, lector apasionado de Dante, representa, como él hizo en el reino de la muerte, a seres que aún están vivos cuando él pinta. Seres a los que amó o amaba, y a aquellas otros que con su imperio contrariaron y amargaron su existencia. No personalizó Miguel Angel, sino que idealizó a los personajes representados en sus obras; pero aquí, en el Juicio, sí los caracteriza y retrata: a Dante, su poeta; al perturbador de conciencias, Savoranola; a Victoria Colonna, que le hizo escalar las más altas y puras cimas del amor y tantas rimas le inspiró; a Tommaso del Cavalieri, ídolo simbólico de una amistad que lo elevó, a través de la belleza, a alturas luminosas y perdurables; a Urbino, criado fiel y queridísimo, al que él mismo cuidó hasta su muerte. Y retrata, aquí vengativo, al Cardenal Biagio da Cesena, que le había molestado a causa de los desnudos. Lo retrata bien visible, en el ángulo inferior del fresco inmenso, convertido en Minos, juez de los muertos, con orejas de burro y una serpiente enroscada a su cuerpo. El Cardenal, airado, protesta ante Pablo III. Este, socarrón, lo despacha diciéndole: "Si hubieras estado en el Purgatorio te habría sacado, pero del Infierno, no puedo salvarte".

Y están retratados en el Juicio, Julio II, Clemente VII y Pablo III que, si habían reconocido su grandeza, le hicieron abandonar la obra que ilusionado desde su juventud ambicionaba llevar a término: el Mausoleo de Julio, y emprender otras que, en principio, no le atraían, que le contrariaban profundamente pero que una vez inmerso en ellas le apasionaron de tal modo y le hicieron dar tanto de sí que ahí tenemos la bóveda de la Sixtina, las tumbas mediceas y el Juicio Final.

Rindamos homenaje al mecenazgo y aun exigencias de aquellos Papas que hoy nos faltan.

Cuando Miguel Angel tenía entre manos una gran tarea, apenas si dormía ni comía. Pintando el Juicio Final sufrió un desvanecimiento y cayó del andamio entre tablones, y a puntos estuvo de perecer. Pasó algún tiempo enfermo e inactivo. Gracias al maestro Baccio Rostini, su médico, que le admiraba y acompañó al solitario hasta su curación, pudo el Buonarroti terminar el Juicio Final y aun vivir 25 años más.

Guerrean de nuevo Carlos V y Francisco I, que ha de renunciar

a Nápoles. Se inicia el Concilio de Trento. Por aquellos años el Buonarroti trabaja, aún, en la tumba ya muy mermada de Julio II, la de su tragedia. Trabaja en la Capilla Paulina y, siempre poeta, continúa sus rimas sin dejar por todo ello de asumir, muerto Sangallo, la dirección de los trabajos de la Basílica Vaticana.

En 1547 muere Victoria Colonna y pierde también a su grande y fiel amigo Sebastiano del Piombo. Se encierra en sí mismo, ataca con fervor renovado sus mármoles. Por entonces quizás él, que se elevaba a las más altas cimas de la fantasía, escribe el capítulo triste, estremecedor y prosaico "I' sto rinchinsò come la midola", "Encerrado estoy como meollo". Desahogo desagradable como pocas veces se habrá escrito en poesía, que prefiero silenciar.

Años después trabaja en el Campidoglio y en la Piedad de Santa María del Fiore, que rompió en pedazos. Condivi publicaba la biografía del Maestro.

Ya en el 55, siendo Papa Paolo IV Carafa, Miguel Angel inicia los trabajos para la cúpula de San Pedro, y por entonces, incontenible a sus 80 años, crea la Piedad de Palestrina, obra escultórica entre las suyas que más se enlaza con las pinturas del Juicio Final.

Ya Roma, al igual que la Florencia de su tiempo, estaba impregnada de su presencia.

1556. Carlos V abdica en favor de Felipe II. Durante los años, largos años, que Miguel Angel desarrollaba su actividad sin pausa, los españoles ejercían pleno dominio sobre Italia. ¿Cómo no hubo entre aquellos dominadores quien, admirando a Miguel Angel, trajese obras suyas a España? Las hay en Londres, Dublín, Brujas, París, Zurich... ¿Cómo no hubo quien se lo atrajera para trabajar aquí? Dadas las amarguras que los Médici y los Papas le ocasionaron, no habría sido difícil tarea. He aquí un punto flaco de la grandeza histórica de España. Descorazonador es pensarlo. ¿Acaso la herencia árabe y hebrea?

Es ya Papa Pablo IV Médici y Buonarroti escribe sus últimas poesías. 85 años y continúa. Cúpula de San Pedro. Transformación de parte de las Termas de Diocleciano, en Iglesia de Santa María de los Angeles, Puerta Pía, la Piedad Rondanini...

A los 88 años es nombrado "Capo", Presidente, de la "Academia del disegno" de Florencia, la primera Academia de Arte del mundo.

1564. La Congregación del Concilio de Trento —¡oh los Concilios!— establece que se cubran los desnudos de la Sixtina... Biagio de Cesena venció desde el infierno.

¡Qué lejos ya la juvenil baladronada "David colla Fromba eio coll'arco"!

Mas si cuando tenía 74 años podía escribir al sobrino Lionardo "Io del resto della persona son quasi coniero di trenta anni", a sus 85 una fe incontrolable le impulsaba a mantenerse sobre las obras en construcción, pues desde que afincó definitivamente en Roma tuvo la conciencia de poder dar a la Urbe que amaba, y que por su fervor y laboriosidad le había otorgado en 1537 la ciudadanía honorífica, el mismo símbolo arquitectónico que Brunelleschi había conferido a Florencia, su otro amor. Y un día en que Vasari le impulsaba a volver a la Ciudad del Arno, Buonarroti le escribía: "Io sono por voltare presto la cupola, se lo mi partisi sarebbe la rovina di detta fábrica; sarebemi grandissima vergogna in tutta la cristianità, e a l'anima grandissimo peccato".

Cúpula de San Pedro, Capitolio, Palacio Farnese, confieren a Roma su fisonomía. Giralda, Catedral, Alcázar, configuran la de Sevilla. ¿Cómo habrían sido sin estos monumentos insignes la Roma y la Sevilla que conocemos?

Miguel Angel había vivido tanto. Se le habían ido los seres amados y los enemigos, le atosigaba quizás el deseo de la muerte. El suelo de su taller se hundía y el techo se calaba cuando llovía... El mismo le llamaba tumba oscura... En una pared de la casa había dibujado un rígido esqueleto con una caja a cuesta, añadiéndole estos crudos versos: "Yo os digo a vosotros, los que al mundo habéis dado —el alma y el cuerpo con el espíritu— que en esta caja oscura está vuestro sitio".

18 de febrero de 1564. Atardecer. La gran cúpula se lanzaba hacia lo alto en aspiración ultraterrena, perfilándose, plata sobre oro ardiente en el tramonto, cuando el genio espiraba y las campanas de Roma llenaban el aire con los sonos del Ave María.

Tres días antes había nacido Galileo.

¿Qué concepto tenía de sí mismo Miguel Angel? Se ha dicho que era orgulloso, consciente de su genio, superior a todos, pero he aquí frases de una carta suya, que nos llevan a considerarlo de

otro modo, corroborando aquel pensamiento de Leonardo sobre el saber y la ignorancia: "La espiga vacía se alza enhiesta hacia el cielo; la espiga granada se dobla hacia la madre tierra".

Decía Miguel Angel en su carta: "Io sono un povero uomo di poco valore che mi vado affaticando in torno a quest'arte che Dio mi ha dato per prolungare la mia vita il piú che io posso". "Yo soy un pobre hombre de poco valor que voy consumiéndome en torno a este arte que Dios me ha dado para prolongar mi vida lo más que pueda".

También Velázquez, en el ángulo izquierdo de un autorretrato, pintado en Roma cuando allí estuvo enfermo o ya convaleciente, escribió frase distinta pero con parecido significado: "Hay que intentar burlar a la muerte para que no se lo lleve todo".

El gran artista es humilde pero al mismo tiempo desea durar, piensa en la eternidad al tener conciencia de lo que puede y sabe. Los tres artistas citados siguen vivos y vivirán en tanto que sus obras y su recuerdo duren.

Hemos dicho y repetido cuánta fue la devoción de Miguel Angel por el arte clásico. Copió, ya viejo, con humildad, cornisas, bases, pilastras de los templos de Castor y Polux, del Teatro Marcello, de la Basílica Emilia, etc., frecuentando aquellos campos de ruinas romanas que ya Donatello, el Alberti, Brunellesco y otros maestros habían visitado con tanta reverencia y aprovechamiento. El techo de la capilla medicea está tomado del Panteón de Agripa..., mas la estatura del Buonarroti es demasiado gigantesca para pensar que eso pueda ser todo. Sin el genio que Dios puso en él nada de cuanto hemos relatado o discurrido habría sido posible. Era Miguel Angel.

He dicho.

bre el  
cia el

mo di  
e Dio  
o soy  
torno  
más

trato,  
iente,  
e in-

urar,  
sabe.  
sus

An-  
, ba-  
ello,  
inas  
stros  
echo  
as la  
que  
anto  
ngel.

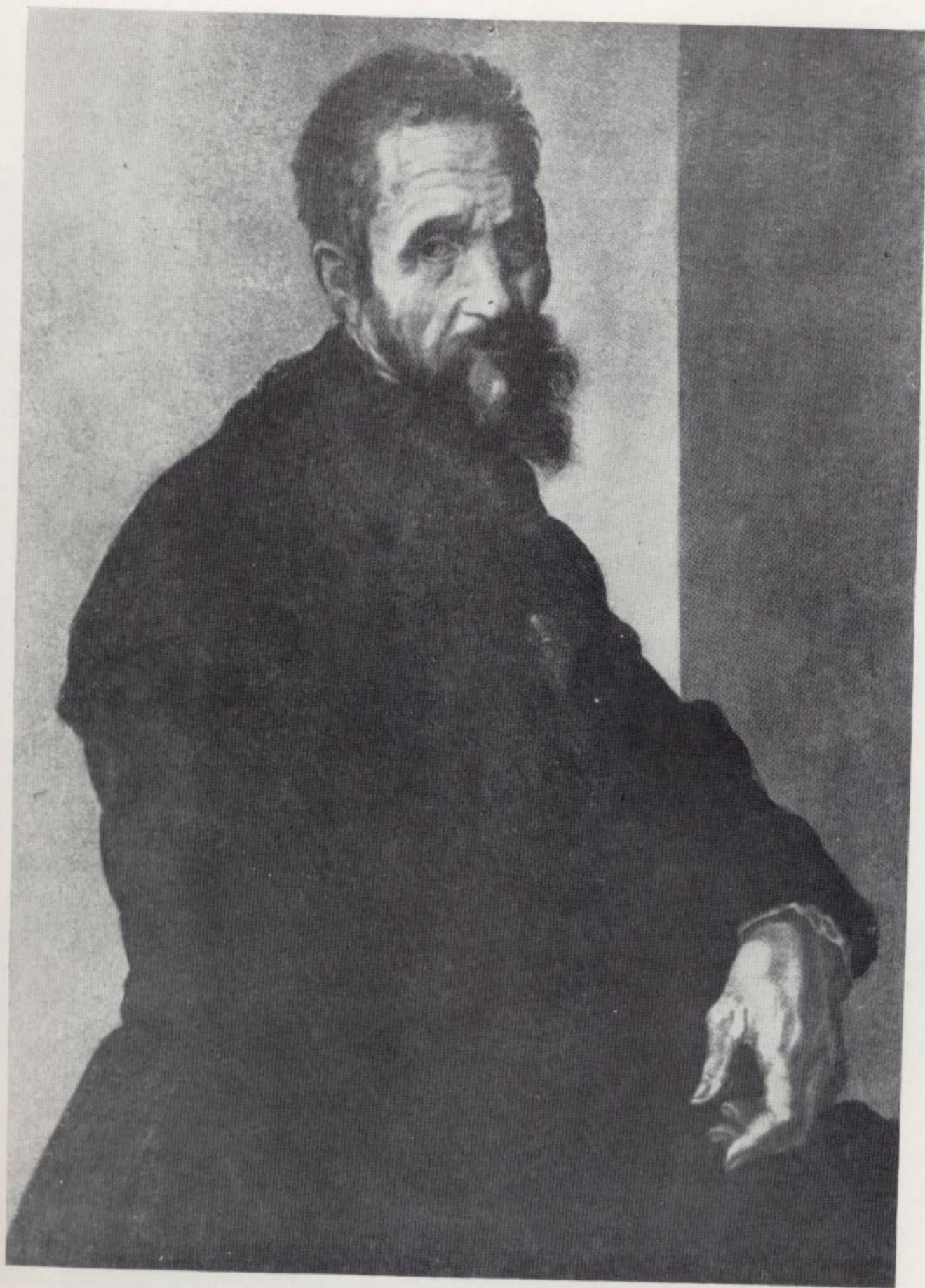


Lámina I.—Miguel Angel. Autorretrato. Galería de los Uffizzi en Florencia.

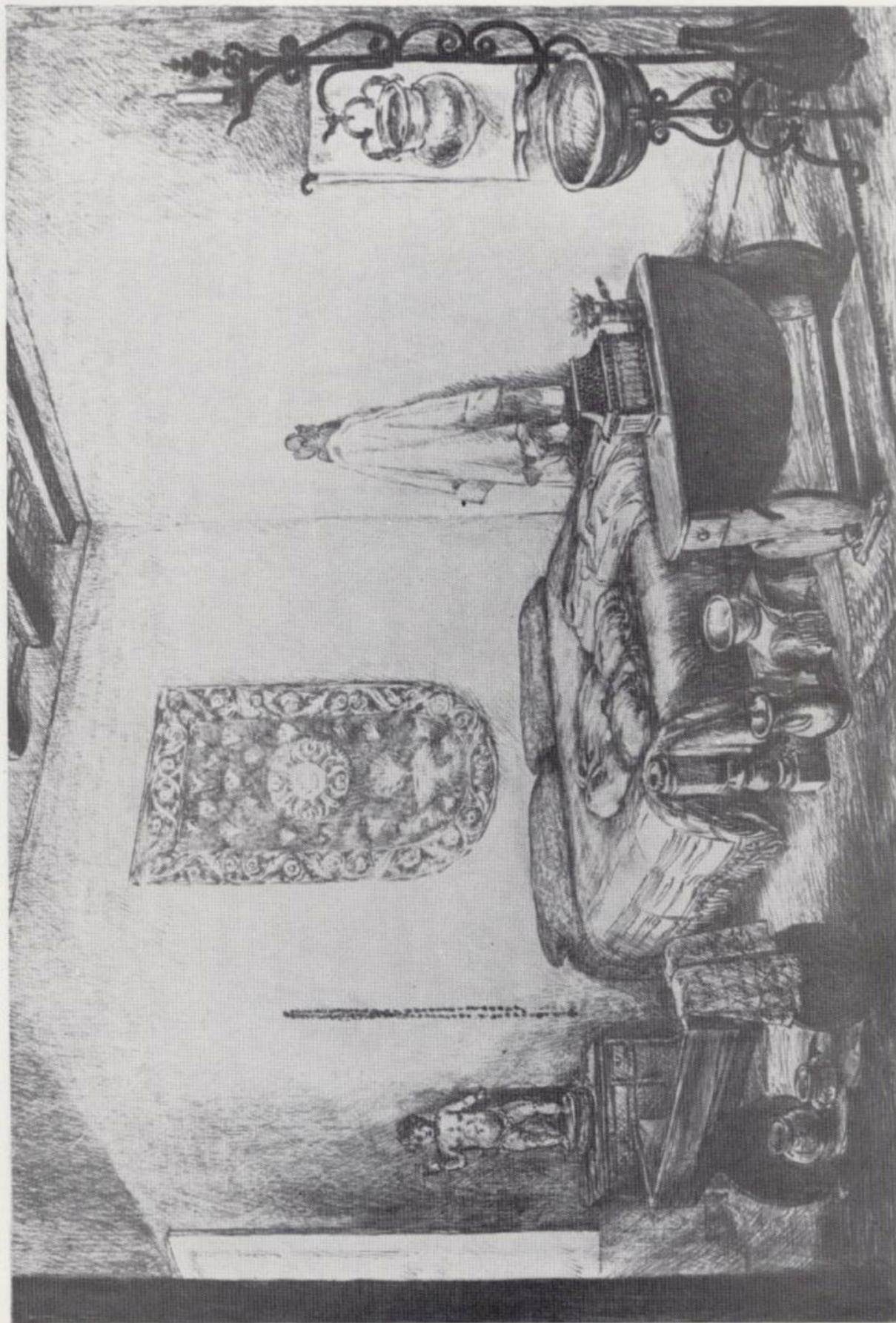


Lámina II.—Magdalena Lerroux-Comendador. «La habitación en que nació Miguel Angel.  
Colección de la Real Academia de Bellas Artes de Santa Isabel de Hungría.

Lámina II.—Magdalena Lerroux-Comendador. «La habitación en que nació Miguel Angel.  
Colección de la Real Academia de Bellas Artes de Santa Isabel de Hungría.

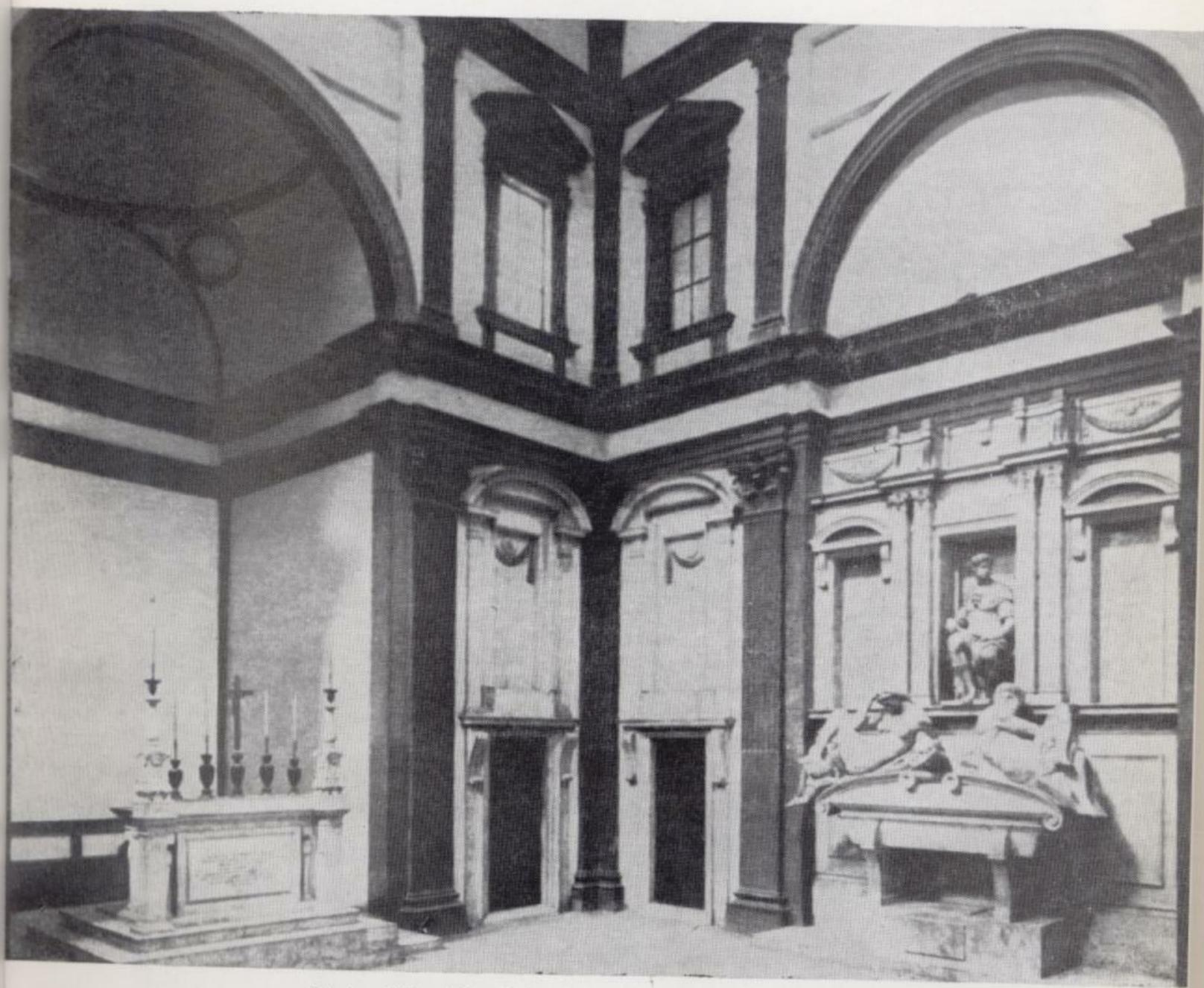


Lámina III.—Miguel Angel. Interior de la Capilla Medicea.  
San Lorenzo de Florencia.

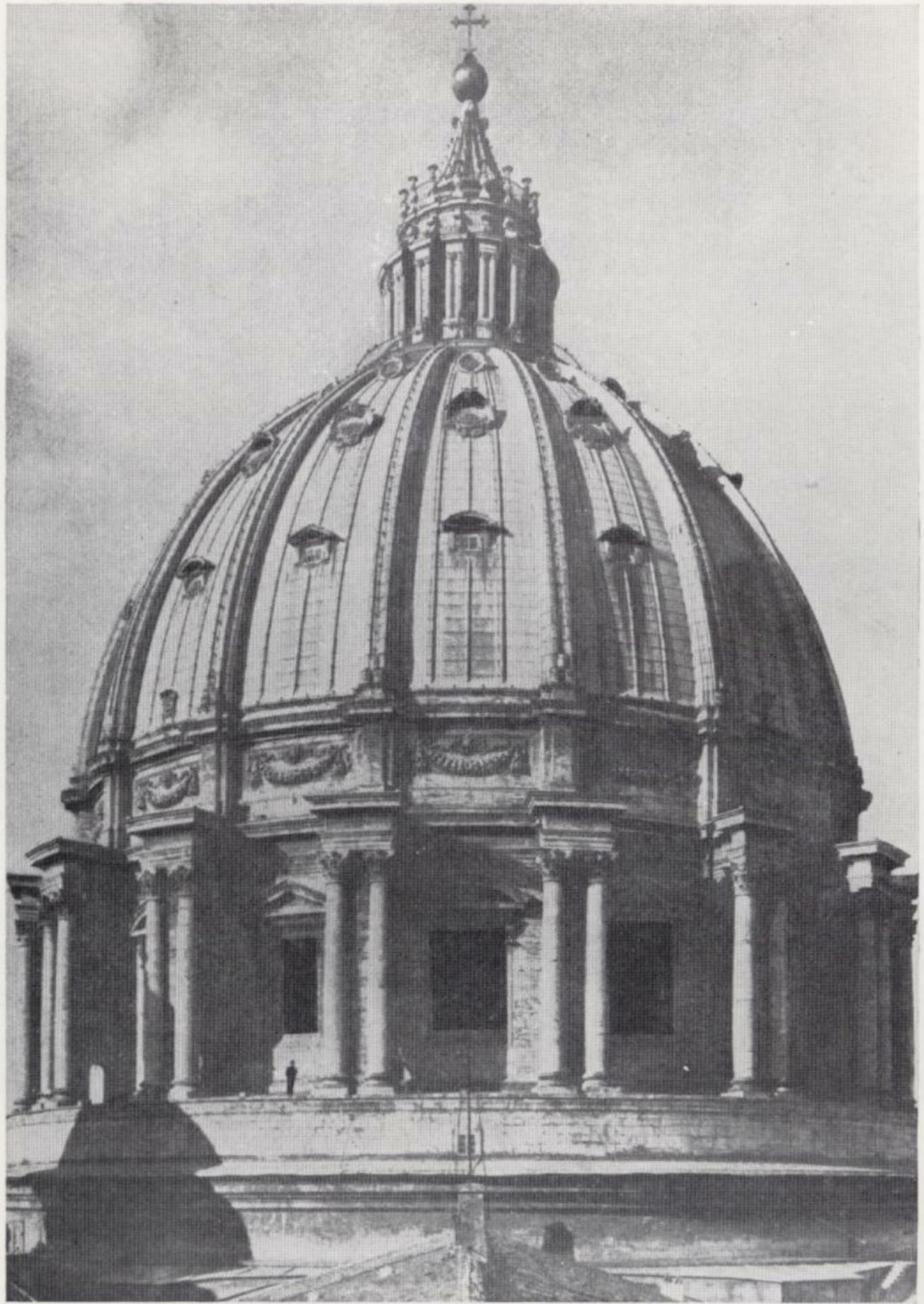


Lámina IV.—Miguel Angel y Giacomo della Porta.  
Cúpula de la Basílica de San Pedro. Vaticano.

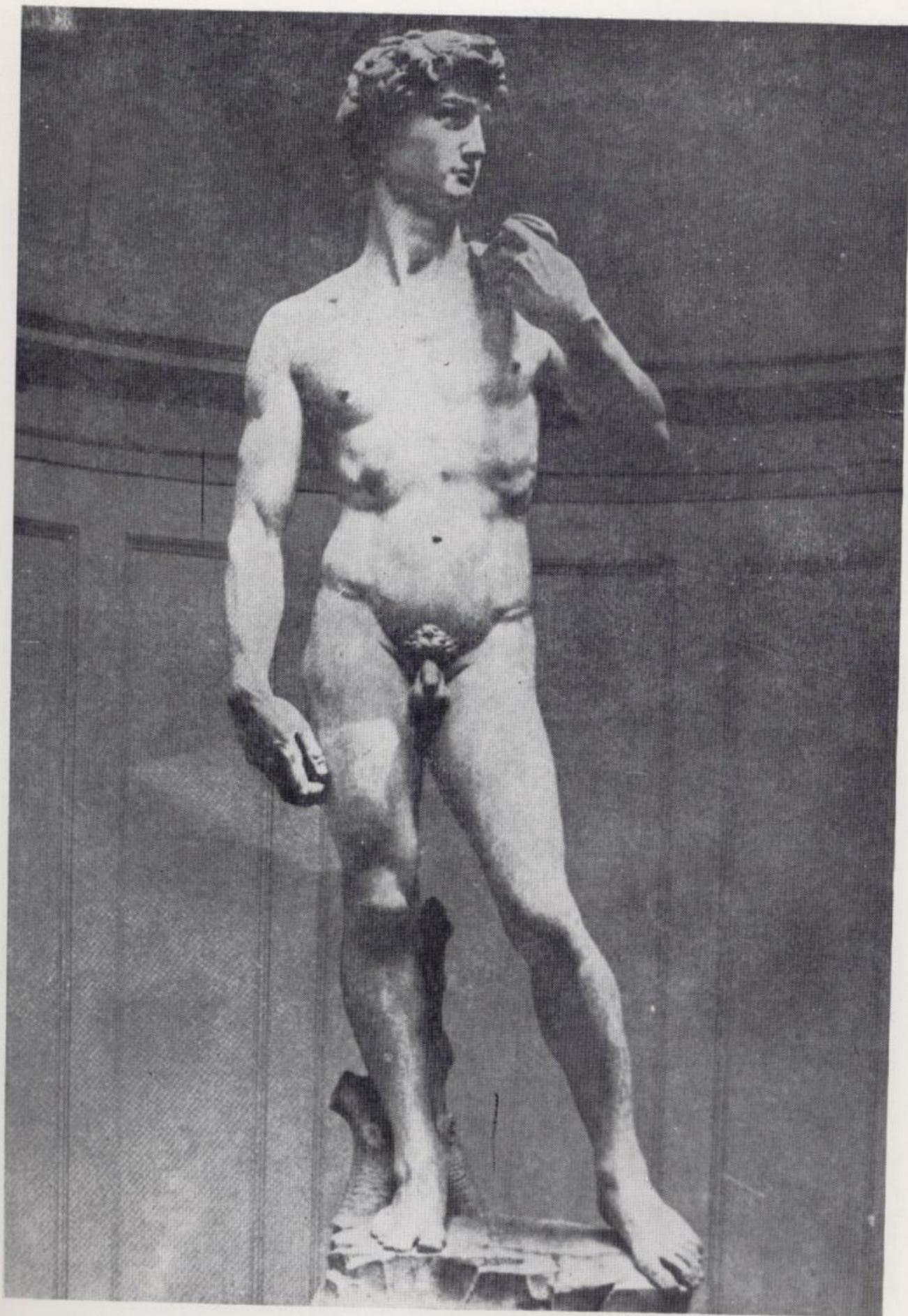


Lámina V.—Miguel Angel. David. Academia de Bellas Artes de Florencia.

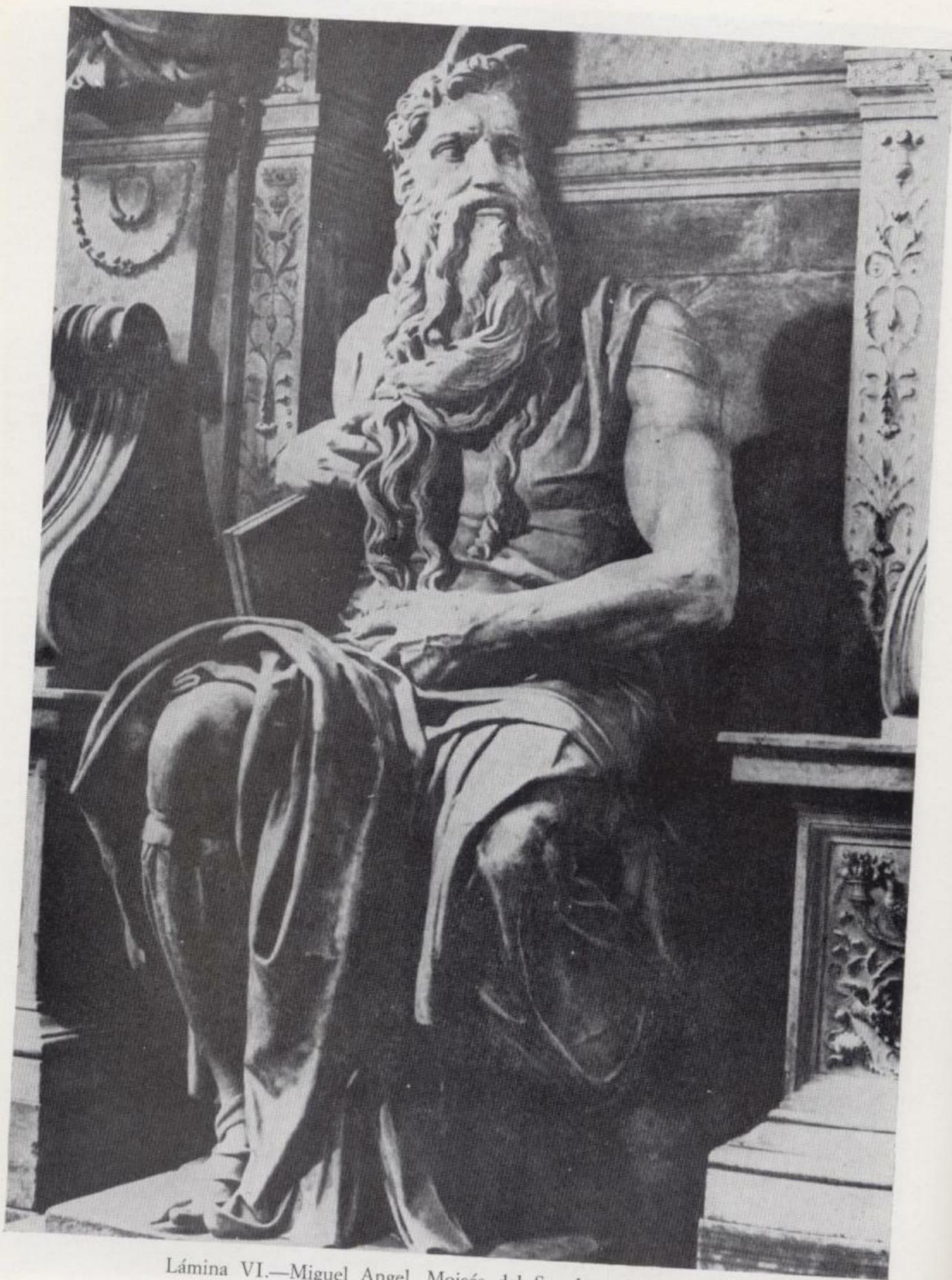


Lámina VI.—Miguel Angel. Moisés del Sepulcro de Julio II.  
Iglesia de San Pedro in Vincoli (Roma).



Lámina VII.—Miguel Angel. Sagrada Familia. Galería de los Uffizzi de Florencia.



Lámina VIII.—Miguel Angel. Juicio Final. Capilla Sixtina.